

## ¿Usted de qué se ríe? Apuntes sobre el coleccionismo monsvaíta \*

José de la Mano \*\*

Querida Dottoressa,

¿Cómo se puede hablar de las pasiones sin hacer literatura? Con dego de gracia decía Michel Lessard que la relación entre el objeto y su coleccionista puede equiparse a las amorosas: hay seducciones y fidelidades. No lo dice, pero lo supongo, incluiría guantazos, lágrimas, sueños, pisotones y, claro, beatíficos divorcios.

Durante cuatro décadas Monsiváis —ajonjolí de todas las nóminas— armó una colección de “arte” tan barroca, infiel y desacompletada como su obra escrita. Reunió cuanto pudo, poniendo en ella pasión y decepciones. Curiosamente, poco escribió sobre el asunto. Ese perturbador silencio es lo que me entusiasmó a investigar sus pasos. A reunir conversaciones y a encontrar este ramillete de explicaciones provisionales. No me interesa su biografía, sino el recorrido de su ideario. Ensamblaje de emociones cambiantes que no requiere explicación.

Le confiaré una anécdota. Hace ya sus años, me pidió que escribiera sobre sus fotos de Agustín Jiménez. Lo publicó

\* Presentación del catálogo de Gustavo Amézaga Heiras, *De tu piel espejo. Un panorama del retrato en México, 1860-1910*, México, Asociación Cultural El Estanquillo, 2019, 225 pp., en la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería, febrero de 2020.

\*\* Salón de los nueve. Academia de lo inactual.

*CuartOscuro* con pomposo título. Al poco fui citado al búnker de San Simón para que me dijera con su fonética nasal ¿usted no sabe de amores! Yo —joven promesa del muy francés arte de la cachetiza— le pregunté si también iba a escribir boleros... Reímos, pero tenía la razón.

Sospecho, salvo su mejor opinión, los coleccionismos mexicanos son libro en blanco. No todo es arte moderno y bibliofilias. Poco sabemos de los boletos del tranvía afanosamente reunidos por Carlos Pellicer o las esferas de vidrio de Chucho Reyes. Nada sobre el altar de los Budas de Rafael Cabrera, las pistolas sin disparar de Buñuel o las máscaras colgando en el atelier de Montenegro. Menos aún el que vería Monsieur Génin en esos *extrêmement brillants miroirs de obsidienne* o en sus pisapapeles de vidrio veneciano el gordo Estrada; ni para qué conservaba botellas con agua del Nilo Luis Malanco...

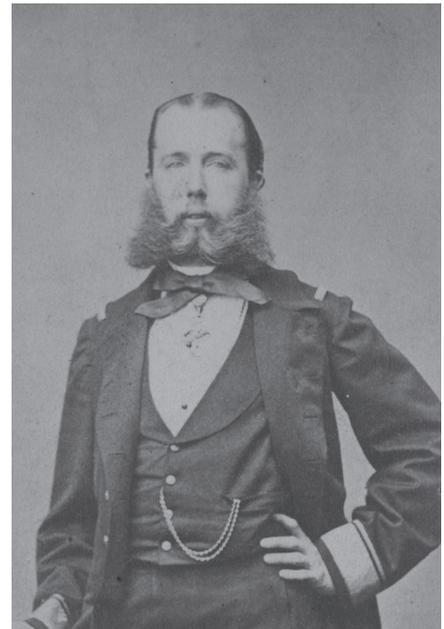
Este textillo es el primero que saco en limpio. Primicia. Presiento una prometedor mirilla para historiar pequeñas manías y grandes amores. Los hilos de seda de excentricidades varias. Y ya en esas, ¿habría una historia de los secretos sin la torpeza de encuerarlos?

2 400 palabras en nueve cuartillas. Una arquitectura escritural de pausas continuadas, emulando el modo en que se forman las colecciones. Espero que funcione. Con el cariño de su discípulo.

J de la M

*Hay que agregar que Carlos Monsiváis es, además, un coleccionista... y de los más viciosos*  
Rafael Barajas, *El Fisgón*

Asomaba el blanco entre los marcos. ¡*Treinta años son muchos!* Repetía Salvador Novo mirando los intersticios entre la colección pictórica del próspero Licio Lagos. Y es que, expuestos al espacio disponible, ocurría la reunión entre Siqueiros y Gedovius. Entre Zurbarán y Bassi; abriendo insospechados diálogos temporales. Acomodaba los cuadros en los muros del íntimo y apacible hogar del abogado patronal. Mientras las opulentas monedas de oro y las medallas patinadas afamaron al coleccionista entre los numismáticos mexicanos.



*Muy distante de la belleza mística (y del pequeño club de los pudientes) los ídolos de Carlos Monsiváis eran terrenales y seculares.*

§

Las afinidades se comparten en universos distantes, si bien traducen en gramáticas distintas. *Al banquero Licio Lagos le interesan la Escuela Mexicana de Pintura y los Impresionistas* anotó Carlos Monsiváis desdeñosamente en *La hora de las adquisiciones espirituales* [1995]. Quien vivía en una especie de casa-museo. Un departamento en la Portales atiborrado con partituras, retratos, carteles, juguetes y revistas. Delicioso almacén de las curiosidades infinitas.

§

El espacio se descreó de alguna forma. Las pilas de libros sin alcanzar estante son una historia por derecho propio. Un mar de lecturas que los gatos sorteaban de isla en isla. Ese olvido instantáneo confirma que el artificio estaba en adquirir y no en el artefacto comprado. Bien observó Jordi Soler esa capilla singular, desbordada con discos, cuadros, cómics y rarezas. Padeció del *horror vacui*, temor frecuente entre los coleccionistas.

§

Era pésimo escenógrafo. Afiliado al collage neobarroco, nunca estuvo a la estela de Duchamp. En su bazar de asombros acumula, sin intención por sintetizar. La conocida foto de Barry Domínguez muestra que poco escapaba a su deseo por sujetar el pasado. La mirada no encuentra los viejos cánones de la pintura o la escultura. Pero en la vorágine reinante, a izquierda del escritorio, asoma un pequeño altar inmutable: las fotografías de Villaurrutia, Pellicer y Novo —vistos por Álvarez Bravo— situadas por todo lo alto. El pequeño laberinto de una foto en otra.

§

Muy distante de la belleza mística (y del pequeño club de los pudientes) los ídolos de Carlos Monsiváis eran terrenales y seculares. Frente a un lotecillo de dibujos recibió la fatal mordedura del coleccionismo. Era 1972. Envenenado en el presente por venir. Sobre la mesa del café La Habana quince papeles conteniendo el recio trazo de Miguel Covarrubias. Frente a ellos el anarquista catalán Ricardo Mestre. No se le conoce al activista experiencia previa en la compraventa de arte, lo que me lleva a suponer estuvo entre aquellos que florecieron en tierra azteca. Al gozo sucedió la epifanía: tener las cosas que nadie tenía, que nadie más compraba. Quince destellos. La suerte estaba echada con este núcleo de constelación.

§

Sospecho que ya no sabremos el monto, ni los pormenores del regateo, lo que sí sabemos es que el periodista se comprometió

a pagar en plazos. Los abonachos eran práctica común en el mercado del arte. En sus galerías *snob* —perdonen el arcaísmo— Juan Martín, Inés Amor o las Pecanins ofrecían a jóvenes profesionistas hacerse de obra en pagos chicos, lo cual bien describe la situación cultural en los setentas: construían una base de nuevos coleccionistas al tiempo que aseguraban ingresos a los artistas (y ya en esas al incomprendido galerista).

§

Piruetas de equilibrista llevaron a crear tan vasto conjunto personal ¿Qué creía hacer paseando cada sábado en plaza del Ángel, los domingos de Lagunilla y cualquier día por los tiraderos de la *Mortales*? ¿Y de qué conversaría aquellas tardes atendiendo cajueleros, anticuarios y ropavejeros —mercaderes honorables y conscientes, sabemos, a los que Covarrubias motejaba *coyotes chocolateros*— en su casa de San Simón 62? El frágil equilibrio entre lo que se tiene y lo que se quiere. *No me considero coleccionista. Soy un acaparador*, como le explicó a Navarijo.

§

Mal haríamos en subestimar al fenómeno Monsiváis como un acontecimiento de mercado. *Covarrubias es muy prolífico y esto le permite a un coleccionista de su obra, así sea muy modesto como es mi caso, multiplicar la alegría de la frustración adquisitiva: una vez al mes, por lo menos, descubro dibujos de Covarrubias, de primer orden, por supuesto inaccesibles...* Hagamos cuentas. En 2004 la colección sumaba ciento y pico de ilustraciones del *Chamaco*. Algunos de ellos son falsos de toda falsedad, hecho que no desdice las ilusiones del coleccionista.

§

¿Será casualidad que el célebre *Zapata gay* fuera adquirido por el empresario español Taxio Benet? ¿O sólo habremos visto otro truco de marketing? Y en esta carretera perdida, en las afueras de lo real, practicó la disolvencia, conmovido frente a un arte sin mayúsculas. Des-auratizado. El coleccionista pertenece a una minoría inexplicable. Monsi, aseguraba *Chema Pérez Gay* en su obituario de amigo, se obsesionó por visualizar el legado del pasado, empeñándose por convertirlo en incalculable tesoro, “que no posee valor pecuniario”. ¡Vaya que es excéntrico atesorar invaluable tesoros sin valor!

§

Errático, dejaba hilos sueltos por todos lados. Luz y sombra. ¿O era al revés? Luego ya ni se acordaba de lo que tenía. Su-



cede que en el curso de una vida cambian los gustos estéticos. Las angustias. Las metáforas. Poco se advierte que Monsiváis mutó piel varias veces. Y es que los prejuicios estéticos imperando en los cincuenta —cuando Lagos se empeñaba en extender su colección de paisajes mexicanos— no son los mismos al final del siglo.

§

El cabello cano revuelto, sentado en un sillón destartado. Escuchemos aquello que le dijo a Jorge Navarrijo sobre el ensamblaje emocional que cada coleccionista experimenta de manera distinta: *Es muy difícil describir los deleites. Se tienen, se gozan, se aprovechan, pero si uno intenta describirlos, siente que agota el misterio.* [La galera, junio 1997.]

§

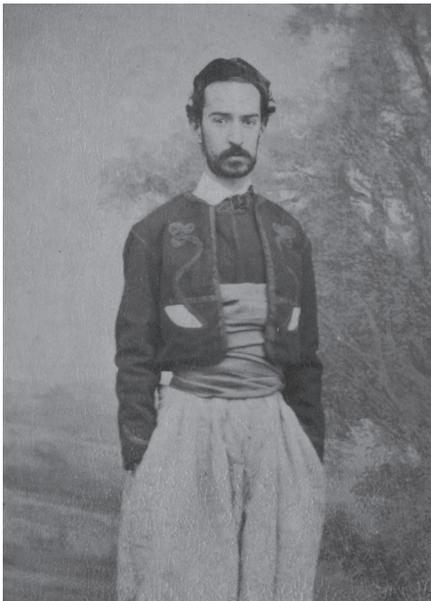
Implacable cazador de reliquias, dedicó cuatro décadas a formar, amasar, financiar y compartir un amasijo de postales, retratos faranduleros, angelitos mortuorios, grabados del Taller de Gráfica Popular y héroes del pancracio; la morralla del chachareo chilango. En el estilo de cultura posmoderna, resumía Terry Eagleton, el arte es descentrado, juguetón, derivado, ecléctico, autorreflexivo, pluralista, descreído de fronteras entre alta cultura y cultura popular. Nunca encontró la roca de la Verdad.

§

Era un descreído del sacrosanto rombo de arte: la obra, el artista, la crítica y el mercado. Esquinas que no siempre coinciden. Seré indiscreto. Cuando el semidios del análisis cultural hablaba en corto de coleccionismo, con parquedad se autodefinía como un *cuario* por oposición al anticuario. Lo suyo no era especular precios y ganancias. Su delirio acumulativo era una aventura que se medía por actos de fe: hallazgos, búsquedas, encuentros. Por el perfume de la sorpresa. Y así, hilando sorpresas reunió miles de fotografías.

§

Le confió a Moisés Rosas dos apuntes inéditos sobre coleccionismo. Ahí arrastró sus afectos a la escritura, dedicando mucho a lo fotográfico. Percibe que el hábito de coleccionar fotografía es incipiente como el prestigio de ésta como medio expresivo. Pero anota que ello ha producido a expertos con conocimientos históricos y técnicos, capaces de recuperaciones insólitas o de promover talentos emergentes. Si acaso lamenta que *Estos recopiladores ya desplazan al coleccionista intuitivo o romántico (soy un ejemplo), librando a los benéficos azares*



*del vagabundeo por anticuarios y ofertas de ocasión [Taller de letras, 2012].* Esos letrados ahuyentan el misterio incesante de los espejos.

§

Intentar un coleccionismo monotemático es un sinsentido —pareciera decir— ya que la realidad no es unitaria y los lenguajes artísticos dispersos. Naturalmente, el relato del coleccionista es distinto al que pudieron haber contado los fotógrafos despachando en su estudio o los retratados conservándolas en álbumes. El saber del coleccionador es, quiere decirnos, también distinto al del profesorado y de los comisarios. Lo suyo no eran las obras de alta gama, esas que refuerzan el prestigio del propietario. Le interesaba aquella circulando por los pasillos interiores y las escaleras. Las cosas del naufragio flotando hacia los márgenes. El tianguis como museo o lo marginal del propio centro.

§

Como era de esperar —pese al prolijo análisis de su obra como literatura de resistencia—, mucho queda por descubrir de Monsi. Véase *Patrocinio, colección y circulación de las artes*, donde en tres líneas se despacha, sin mayores consideraciones, su pasión por juntar caricaturas. Antes de convertirse en *show-man* fue coleccionista. Comprender el papel de *M* en la cultura mexicana debe poner atención a este pequeño dispositivo de memoria posible. Al placer sibarita por acumular ritos, gustos, escenas, estereotipos, chismes y, sobre todo, fetiches visuales.

§

Esa sed no se apaga. La anécdota es lo imaginario de sus categorías clasificatorias. Siempre provisionales. Como tantos otros, Enrique de Olavarría y Ferrari armó álbumes para mantener a flote sus recuerdos. Dividió las *carte-de-visite* entre categorías como *Maximiliano y Carlota, religiosos simpatizantes, damas de palacio, médicos mexicanos, Generales liberales* y tal. Identificándolas al reverso, de puño y letra. Escribía, sin notarlo, las otras *Noticias del Imperio*.

§

¿A qué responde el impulso constructivo de remirarse en lo residual? Sus triques alineaban con sus ambiciones, creencias y gustos. Pero, hasta donde alcanzo a ver, Monsi fue alérgico a catalogar sus acervos. Intencionalmente borró el rastro de anteriores propietarios. Nunca hizo aquellas listas detalladas de Diego Rivera, anotando a mano el precio que había pagado por cada objeto, añadiendo extrañísimos comentarios. Como

*Como era de esperar —pese al prolijo análisis de su obra como literatura de resistencia—, mucho queda por descubrir de Monsi.*

podría explicarnos Gustavo Amézaga, siempre postergó la catalogación de sus hallazgos —asunto inconcluso— como si con ello diera carpetazo al encantamiento.

§

Quizá simplemente lo desbordaron. Liliana Chávez estimó recién que sus colecciones comprendían 30 000 impresos, arte y efímera, 24 000 libros y alrededor de 2 000 películas. No sumó los 6 000 discos, las mil partituras ilustradas, ni las cerca de trece mil revistas e historietas. La persistencia es innegable: exhuma y amontona. Al punto en que todos los números son inciertos, hasta para el propio coleccionista. Estimaba tener unas seis mil fotografías impresas, cuando en realidad llegaban a 10 000.

§

*Si no recuerdo mal...* toda colección es templo de la memoria. O, mejor dicho, recordatorio de la naturaleza plástica de la memoria. Aquí se me hace presente aquella charla en el Centro Cultural España, después de repetir los mismos chistorettes de ocasión, pudo decirlo: *Tarde me vine a dar cuenta que las fotos eran la columna vertebral de la colección.* No lo dijo entonces —pero según creo—, entre sus abundantes conjuntos Monsi encarna con solvencia las ambiciones y las frustraciones del coleccionista en la era pos Tlatelolco. Parado a las puertas mismas de lo posmoderno.

§

Contrariando a los absurdos especialistas en levantar vallas y cercas cronológicas, cualquier colección trascurre en tiempo propio. En *La hora de las adquisiciones espirituales* (1995) ensayó un par de páginas sobre esa pasión. De las muy pocas que el prolífico autor publicó sobre la materia, sin que entrara, lamentamos, en los dobleces de su práctica como coleccionador ni la razón de sus querencias. Antes que pontificar coordinadas prefirió verbalizar: *Soy coleccionista de lo que puedo*, le explicó a Payán. *Compro lo que creo que vale la pena y que me alcanza para adquirir* le dijo a *El Figón*, con quien se iba de compras.

§

Sostiene Merry MacMasters habría una óptica monsvaíta del arte de coleccionar [*El Nacional*, 25 febrero 1993]. Se trata de mirar y mirar. Varias veces lo observé mirando. Ojiplático. Parecía un gambusino insaciable. Excéntrico, sin duda, reunir lo desmantelado. La cuestión es si operó como agente de cambio. Miguel Ángel Fernández le reconoció el mérito de inventar nuevos campos coleccionables. La memorabilia del caótico siglo veinte.



§

Figura pública, milagrosamente multiplicada, ubicua hasta la autoparodia. Del estar en todos lados al escribir de todas cosas. No es casualidad que una caricatura de Rogelio Naranjo lo retratara haciendo malabares. El flujo oscilante de sus acumulaciones no pudo, ni quiso, escapar de la alta fragmentación. Bautizó a esa ensaladera de vejestorios culturales *Entrecruce de colecciones diversas*, agregando, *un resultado contradictorio y complementario*.

*Convendría remirar las orillas oscuras del coleccionar antes que a la colección misma*

§

Involuntariamente, cada colección termina siendo un retrato del propio coleccionista. Siempre inacabado. Amézaga ensambló fragmentos de ese retrato articulando una historia que no toma al pie de la letra la teología del coleccionista. Este relato que hoy presentamos, me parece, es una instantánea del Monsiváis futuro.

§

Convendría remirar las orillas oscuras del coleccionar antes que a la colección misma. Reflexionar su proceso creativo. ¿Qué propone el coleccionista recordar? Se confesó ante la grabadora de Angélica Abelleira: *Vivo llorando. El día de un coleccionista en gran parte consiste en flashes de la memoria donde uno dice: ¿por qué no lo compré cuando pude? El reproche al pasado forma parte de la mentalidad del coleccionista* [Gatopardo, agosto 2019]. Luego está el secreto.

§

Y finalmente la colección se le fue convirtiendo en eso que llaman “libros de arte”. Con perspicacia Jezreel Salazar notó que crónica y coleccionismo formaron parte de una misma actividad —juntos y revueltos—, tal que muchas referencias iconográficas monsvaítas provenían de sus junturas de arte y de su discografía. Las colecciones se modifican y desaparecen. Algo se expande, algo se contrae porque no son otra cosa que un conjunto notable de artefactos y relatos.

§

1995 marca el cambio de rumbo. Año en que *Aire de familia* —organizada a partir de sus colecciones— se expone en el Museo de Arte Moderno. Seguido de *Escenas mexicanas en la obra de Teresa Nava* en el museo Soumaya en 1997. La portadilla del catálogo refería: “Maquetas de la Colección Carlos Monsiváis”. Clarinadas para el Estanquillo. Eventualmente el cúmulo dejó de estar en la casa de la Portales para transformarse en panorama. *Llevo tiempo convencido: las colecciones, al*

*irse armando a pausas, nos dejan sospechar lo que les depara la visión de conjunto [En orden de aparición, 2007].*

§

El dilema de los estudios coleccionísticos es que parecen ocurrir aislados, como si lloviera sobre vasos de agua. Un acierto del libro que hoy presentamos es insinuar las maneras en que el desordenado y desorientado estilo monsvaíta influyó en otras colecciones contemporáneas. Se interesó por la excepcional gráfica de Naranjo y contagió ese entusiasmo a Ramón López Quiroga, otro importante coleccionista y notable testigo del arte, vertido en una estética distinta. Tal que entre ambos conservan un par de centenas de sus finos dibujos satíricos. Un diálogo diáfano.

§

Coleccionar se atiene a un gusto personalísimo, recordándonos la dimensión subjetiva, individual y partidista del memorial. Tengo la impresión de que Gustavo Amézaga vive un personalísimo siglo XIX. Mapamundi a los modos periodísticos de Bablot o de Fernández Ledesma. *Apasionados* en el sentido que le dio el alemán Blom. Quienes empapan de valor objetos obsoletos, pero cuyo significado sólo pueden apreciarlo otros coleccionistas. Una colección desembocando en otras. Aquí se mira un prisma más amplio. La de Monsiváis es curiosa mezcla de terquedad, paciencia, fortuna e ilusionismo. Y es que por las venas de todas circulan ríos plateados y peces oscuros.

